

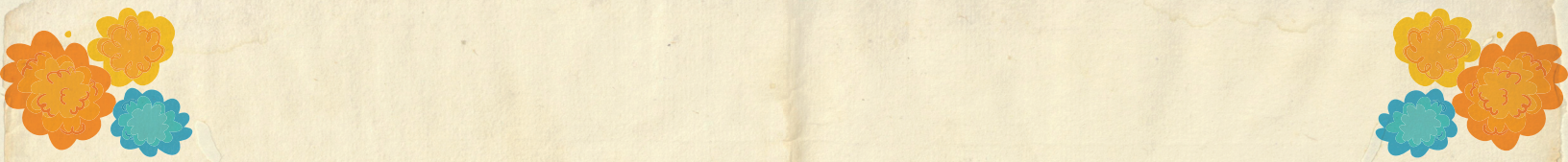


EL REENCUENTRO DE DOS ALMAS

AUTOR: Beatriz Paulina Díaz Jiménez

Sucedió en mi vivienda ubicada al sureste de la Ciudad de Oaxaca, al margen del río Atoyac. Fue en el año dos mil dos, vivía con mis hijos Paulina y Leonardo quienes contaban con siete y tres años de edad, y sólo los fines de semana convivíamos con mi esposo Hermilo, ya que él trabajaba en otra región del Estado. En ese año recibimos con mucha alegría la gran noticia, que en mi vientre se encontraba latiendo un corazoncito, ¡SERÍA MADRE POR TERCERA OCASIÓN!, sin imaginarme, que a la par de esa felicidad, viviría un episodio de miedo y zozobra.

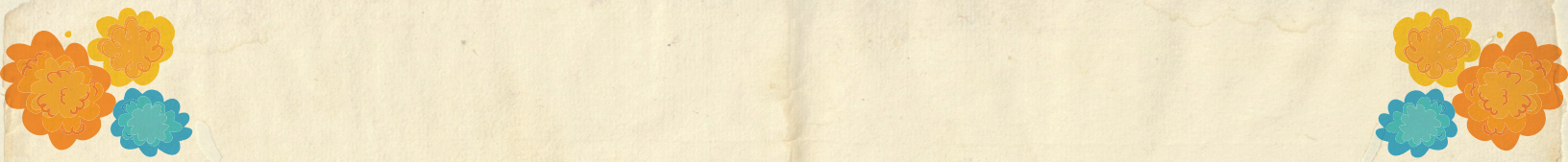
Todo comenzó una noche de julio después de haber dejado dormiditos a mis hijos en una de las recámaras de la segunda planta de la casa, salí al patio de servicio a lavar un poco de ropa, la noche transcurría oscura y silenciosa, cuando de repente, escuché un ruido muy fuerte dentro de la casa, volteé instantáneamente, y lo que vi, me perturbó, ya que por las escaleras venía bajando una mujer escuálida, con una cabellera exuberante y descompuesta, ataviada con un vestido blanco, rasgado, viejo y sucio, me miró fijamente y sus grandes ojos se veían llorosos, rojos y tristes; corrí rápidamente hacia adentro de la casa para cerciorarme que mis hijitos estuvieran bien, en ese momento, la mujer desapareció. Entré a la recámara y mis niños se encontraban profundamente dormidos; intrigada y con temor, regresé al patio para terminar de lavar, cuando de repente, al meter la jícara dentro del tanque de agua me di cuenta que se encontraba un ave negra, inerte, con las plumas pegadas al cuerpo y el pico hacia el fondo del tanque; sentí mucho temor, dejé la ropa en el lavadero y subí con mis hijos, pasaron varias horas para que pudiera





conciliar el sueño, ambas imágenes; la mujer vestida de blanco y el ave negra, habían robado mi tranquilidad.

Al día siguiente, llevé a mis hijos a la escuela y me dirigí a la oficina, como lo hacía diariamente; cuando regresamos a la casa, nos disponíamos a comer, pero, de pronto, escuchamos un ruido escandaloso que provenía de la recámara que tiene un balcón con vista hacia la parte trasera de la casa. Subí rápidamente y mis hijos subieron detrás de mí, buscamos algo que estuviera tirado y que hubiera ocasionado dicho ruido, cuando en eso mi hija me dice -¡Mami, mami, mira, es una niña chiquita corriendo en el patio!.- Me asomé por el balcón y efectivamente, vi a una pequeña corriendo en el traspatio, llevaba un vestido oscuro, su cabello suelto y sus brazos se agitaban hacia arriba, como queriendo alcanzar a algo o a alguien. Primero le gritamos -¡niña, niña!; pero se perdió entre los árboles, entonces salimos al patio para buscarla, ya que no hay salida por ese lado del terreno y la única entrada es la cochera que se encontraba perfectamente cerrada, no encontramos a nadie. Tenía que ser fuerte, para que mis hijos no notaran que las piernas me temblaban y mi corazón latía rápidamente a causa del espanto y preocupación, pues no me explicaba lo que estaba pasando.

Después de esos acontecimientos, todo volvió a la normalidad, hasta que tenía cinco meses de embarazo, una tarde mis hijos estaban haciendo su tarea, yo estaba muy cansada y me senté en el sillón de la sala, cuando veo otra vez a la mujer bajando por las escaleras acercándose hacia mí, queriendo tocar mi vientre, ahora tenía una mirada de ira; mi reacción fue protegerme y proteger a mi bebé y comencé



a gritar – ¡largo, vete, esta es mi casa y no tienes ningún derecho de estar aquí, no eres bienvenida! - Al escuchar mis gritos, mis hijos corrieron a verme y la mujer desapareció. A partir de esa fecha comencé a encontrar en el patio de la casa aves negras muertas, a las cuales enterraba. Le comenté lo sucedido a mi esposo, pero, cuando él llegaba a casa no acontecía nada fuera de lo común. Un día lunes pidió permiso en la oficina, ya que mi hijo tenía un evento deportivo en una población de Etlá, nos preparamos y nos dirigimos hacia ese lugar. En el camino, mucha gente se quedaba viendo el vehículo y nos señalaba, cuando llegamos a nuestro destino, se acercó la mamá de un compañero de mi hijo y nos dijo que en la parte delantera del vehículo se encontraba un ave de color negro, y sí, ahí estaba muerta, inmóvil, como si alguien la hubiera colocado, no encontrábamos explicación alguna, pero, el temor comenzó a apoderarse de mi familia. Cuando regresamos a casa, mis hijos subieron a bañarse y mi esposo se sentó en el sillón, prendió el televisor, cuando de repente comenzó a gritarme – ¡Beatriz, Beatriz!, - asustado corrió hacia la cocina y me dijo que por el cristal de la vitrina había visto el reflejo de la mujer vestida de blanco, que flotaba y sus manos las estiraba como queriendo tomar o jalar a alguien, que ella se dirigía al lugar donde yo me encontraba haciendo la comida. Mas tarde jugamos en el patio con mis hijos, el atardecer era cálido y el cielo despejado de color azul; inesperadamente, se sintió un aire gélido, el viento soplaba tan fuerte que se escuchaba como si silbara, de pronto, detrás de un árbol de huaje vimos a la niña, mirándonos fijamente, sucia y descuidada, mi esposo caminó hacia ella, pero se esfumó, como si la tierra se la hubiera tragado.



Al domingo siguiente, en la iglesia de la Colonia, finalizada la misa de mediodía, platicamos con el sacerdote, quien escuchó atento nuestro tenebroso acontecimiento, tomó la benditera y un incensario y nos pidió que lo lleváramos a la casa. Comenzó a orar desde la entrada y fue humando con incienso y rociando agua bendita por todas las habitaciones y rincones de nuestro hogar; cuando llegó al balcón, se escuchó un llanto en el patio, todos nos asomamos y grande fue nuestra sorpresa cuando vimos caminando a la mujer quien llevaba en sus brazos a la pequeña, las vimos de espaldas, pero supongo que el llanto era de felicidad, era una tarde de octubre, el viento soplaba y hasta parecía que las impulsaba, los árboles se agitaban y se escuchaba el estruendo de los troncos, hasta que desaparecieron.

Le comenté al clérigo el miedo que tenía de que regresaran esas almas en pena y pudieran hacerles algo a mis hijos, y el me respondió – *No temas, a tus hijos no les ha hecho nada, ya que ellos están bautizados y ella sentía al bebé que crece en tu vientre, por eso te seguía, ya no volverá, encontró a la chiquilla que buscaba-* Desde ese día todo volvió a la normalidad en la casa, la tranquilidad regresó. Estoy feliz de que esa mujer haya encontrado a su hija, y sólo deseo que las dos DESCANSEN EN PAZ.